

DE ATARDECIDA

Casi las ocho de la tarde,
y de azules plumizos clama el cielo.
El sol de la alegría, hoy, se diluye
entre un batir de aplausos
y músicas heridas
para ahuyentar los vástagos del miedo.

Otra vez las miradas, de balcón a balcón,
bajo el abrazo gélido de la distancia.
Y las caricias,
que duermen su estrenada primavera
en un rincón del alma
para darse después, a cualquier hora,
cuando la luz se tense entre un clamor de nubes
y ya no se desangre la esperanza.

Más allá del silencio que proclaman los labios,
amanece a la vida un alba nueva,
cógela entre las manos, vive en ella y en la tarde
mientras un dócil viento envuelve nuestro anhelo
que no acabará nunca marchitándose.

En esta arquitectura de la vida,
cuando todo pronuncia la vejez del día,
me vive el corazón,
y hasta la sosegada brisa
remueve la ceniza de mis agrietados labios.
Es la hora de tender puentes sin niebla
y alzar los párpados
hasta las sombras de la noche larga
por si en el corazón amaneciera
otra inédita forma de entendernos.

Francisco Jiménez Carretero